

misma realidad á la cual, al fin, había despertado.

Marta pasaba laboriosamente los días arreglando cintas, disponiéndolas graciosamente en los sombreros que montaba, guarneciéndolos de terciopelo y seda, perlándolos de azabache ó de granalla de oro, que estaba de gran moda aquel invierno. Entre los cambiantes del raso y de las telas finas, colocaba alas de pájaros, animalillos prestos á volar, con frecuencia del color de sus pensamientos, sea que aquellas plumas matizadas de zafiro y esmeralda, de rubíes, de rosa ó de azuladas turquesas, se acordasen con los recuerdos que la menor cosa evocaba en ella á su pesar, sea que las perlas negras le pareciesen, á medida que las iba fijando en la fruncida tela, lágrimas derramadas sobre alegrías muertas para siempre, y un punto reaparecidas en su dolorido cerebro.

Lentamente, desfilaban entonces las escenas de otro tiempo, y pasaban, á modo de lejanas imágenes, ó de retratos de muertos queridos, el rostro dulce y pensativo de ojos soñadores del amante abandonado, á quien en el fondo no había cesado de querer, y la infantil carita de su pequeña pareja, tan rubia y tan amable; y ambas voces cantaban, como un llamamiento lejano, como el tañido de una campana que llega á oídos de un desterrado.

VII

Aquel día, mientras Juan Dayel, sentado al piano, dejaba ir sus dedos á merced de la pasajera inspiración, sonó de repente la campanilla en la verja del jardín, en el que los árboles, desnudados ahora por la brisa invernal, extendían hacia el cielo gris sus negras ramas como descarnados brazos de mendigos que clamaran su frío y su miseria.

El campanillazo resonó como un eco en el pecho del músico, estupefacto ante aquel incidente, desusado á tal hora, desde que Ella se había marchado, desde que con su hijita se había encerrado él en la solitaria casa, al abrigo de las últimas rosas, ya deshojadas una á una.

La vieja criada entró tendiéndole una tarjeta.

— Ah, ¡que pase!

Una débil alegría iluminó sus ojos: ¡no todo el mundo le había olvidado! Alguien se acordaba del Juan Dayel de antaño, del artista popular, el vi-

brante y apasionado creador de alegría en el corazón de las muchedumbres. En verdad el compositor temía ahora, más que nada, el encuentro con antiguos amigos, las miradas compasivas que hubiesen podido herir su amor propio de amante y de artista; pero, después de meses enteros de soledad, se alegraba de ver que aun le tenían en cuenta, de saber que alguien se preocupaba por él, que alguien sabía el renacimiento de su espíritu, y no le abandonaba, no le consideraba como ausente de la vida, como un astro apagado en el firmamento artístico.

La madre Machet introdujo al visitante, un viejo valiente por su aspecto.

— ¡ Mi querido Dayel ! ¡ por fin ! Estaba inquieto por Vd. Esperaba á cada momento verle venir á casa, con las manos llenas de hermosas composiciones, de canciones y valeses como los de otro tiempo, ó mejores aún, porque Vd. es de los que siempre van hacia arriba.

El visitante estrechaba las manos de Juan; y luego habiendo cogido á Marta, la chiquilla, bajo el brazo, la levantaba hasta su cara de viejo para besarla.

— Yo te he visto á ti chiquita como un puño; ¡ y ahora estás tan hermosa ! ¡ hecha una mujer !

— No hay que decirle esas cosas, interrumpió Dayel: es una chiquilla coquetona y podría creerlas de veras, querido Bernard.

El recién llegado, tipo alto y fuerte, tendría alrededor de sesenta años. Su rostro de ancha y elevada frente, estaba iluminado por dos ojos de inteligencia, dos pupilas profundas y dulces, luminosas. Sus regulares rasgos expresaban calma, serenidad; eran nobles y simpáticos.

Francisco Bernard era un músico mediano que había renunciado pronto á amontonar obras fáciles, cuyo escaso éxito le desesperaba.

Consciente de su mediocridad, no quiso continuar diluyendo en música mezquina las ideas que él sentía grandes sin conseguir expresarlas adecuadamente, y había renunciado á hacer obra personal; pero, amante del arte y de los artistas, aprovechó una herencia para establecerse como editor musical, con lo cual seguiría viviendo entre los suyos, en la atmósfera especial que no podía resolverse á abandonar á pesar de su retiro.

Había apreciado á Dayel por la sinceridad esparcida en sus obras. Le había acogido y empujado el primero, animándole sin cesar y pregando por doquier sus verdaderos méritos, la sencilla poesía de que impregnaba sus composiciones, la gracia y el fuego que unía en sus ritmos, con frecuencia originales, cuando el artista se remontaba fuera de la producción corriente á que la necesidad le había algún tiempo forzado.

— Anda, Martita, ve á jugar al jardín.

Una vez fuera la niña, Dayel osó preguntar á su editor noticias de París, de sus compañeros, evitando todo recuerdo de sus malhadadas horas. Y el buen señor, por su parte, trató de despertar el orgullo artístico adormecido, de suscitar en el músico la adulación, haciéndole presentes los progresos de sus rivales, su marcha hacia adelante en la batalla parisiense. Recordaba á Dayel los éxitos de otro tiempo, las calurosas exclamaciones de la primer noche que, en la Ópera, entre el brillar de lentejuelas y dorados, cambiantes de colores y tintineo de cascabeles, había dirigido el baile.

Juan había despertado, con efecto, á estas palabras, pero otros recuerdos paralelos le asaltaron, sin que pudiera contenerlos. Y en el corazón de su viejo amigo, para el cual no había dejado de estar presente, de figurar entre los artistas, vertió todas sus penas, su infinita desesperación de verse solo, después que Ella se había marchado. Se lo confesó todo: su impotencia para vengarse y su locura, sus sufrimientos de pájaro viudo, sus nostalgias de cobardía amorosa, que le impulsaban aún, hacían á su carne llamar á gritos á la carne rubia de que no podía emancipar su recuerdo sensual; le reveló su alma desapareada también, incompleta desde que Marta se había marchado.

Manifestó su odio contra el amigo traidor, su dolor cruel por la desilusión sufrida. Contó cómo

Abajo, en la sala, la orquesta iniciaba un vals de Dayel, un vals ya célebre que envolvía el ambiente en un hábito de palpitante voluptuosidad. Giraban más veloces las parejas, estrechábanse, en más apretados abrazos, abandonábanse las bellas en más sensual desmayo. De las galerías caía un confuso murmullo, salpicado de besos cambiados en la sombra, de crujido de ropas que delataban íntimas caricias, gozadas en olvidados rincones, al abrigo de las miradas.

Morían los acordes. Al enmudecer cuerda y metal, el hombre de frac con rostro de asirio, se hallaba junto á la orquesta. Su amigo le dijo:

— ¿Miras á Dayel, el que ha heredado una parte del alma del músico de las Rosas? ¿No le conoces?

— Hemos estado juntos varias veces, pero no hemos sido presentados. Nunca le he visto tan bien como esta noche, dirigiendo sus valeses. Parece que, en el torbellino de sus notas, estuviera siguiendo el vuelo de un ideal.

— Pues ven. Á él le gustan mucho tus versos, y tendrá gran placer en conocerte.

El amigo continuó un momento, alabando la poética inspiración que brillaba en las más insignificantes obras de Dayel, ponderando las prendas personales del sencillo artista, del músico amante de la belleza, respetuoso para todos sus maestros, y modesto hasta ignorar quizá su propio

valor. Este simpático camarada era un muchacho rico, un ocioso diletante de los que se mezclan á la vida de los artistas. Parisiense de cepa, le gustaba tratar gentes de los más diversos temperamentos, y observarlos.

Hizo las presentaciones :

— Querido Roberto, mi amigo Juan Dayel cuyo talento admiras... Roberto Antoc... el gran poeta...

Roberto Antoc se mostraba altamente orgulloso, pero afable. Dayel le tendió sus manos dirigiéndole cañurosas y aduladoras palabras, expresando el goce que le causaba conocer personalmente al autor de tantas bellas obras que él tenía en la más alta estima. Á su vez el poeta felicitó cortésmente á Dayel por sus éxitos, y evocó la sombra de su predecesor, el popular Olivier Metrá, el poeta de las lilas y las rosas. Solo él, Dayel, era capaz de sucederle y aun de reemplazarle.

Juan, confundido, quiso intimar estrechamente con el eminente dramaturgo, el poeta del sabio ritmo, á quien libros de versos como *la Calle*, *El Himno de los Pobres* y los *Dioses Falsos*, varios dramas, y por fin, *El Zarrapastroso* habían conquistado fama universal; y le invitó á cenar con él más tarde, tan pronto como se lo permitieran á él sus deberes de director de orquesta.

Antoc titubeaba; pero su amigo le hizo seña con el codo, murmurándole :

— Di que sí. Verás. Tiene una mujer encantadora.

Los tres quedaron de acuerdo, Roberto Antoc y su amigo irían á buscar á Dayel después de su última polka, *Abril*.

Así, al fin del baile, Marta y la Delienne recibieron, estupefactas, los cumplidos de Roberto Antoc presentado por Juan Dayel. El rostro desmascarado de Marta se ruborizó, al reconocer en el hombre que le traía su marido, al audaz perseguidor de los corredores, respetuoso ahora, pero sin embarazo, clavando en ella sus ojos de azabache que la penetraban y leían — bien lo veía ella — claramente en su más recóndito interior.

Los cinco pasaron alegremente al restaurante, donde Dayel había hecho reservar una mesa. En animada conversación, el poeta contaba á Marta sus recuerdos de antiguos bailes, de las alegres noches del carnaval de su juventud, cuando sus camaradas de bohemia del barrio Latino invadían la Ópera dando expansión á su exuberante y sana locura. Su voz, influida por los recuerdos, se matizaba alternativamente con sonoridades de cobre y con inflexiones de ardiente ternura.

— ¿Dónde están hay aquellos entusiasmos y locuras? ¿Dónde están aquellas muchachas sinceras en el placer? Hoy no se adora más que al Becerro de Oro. París ya no es más que un campo de ba-

talla en formidable refriega. No se oyen sino los gritos de los heridos, de los muertos de mañana; y los vencedores de la gran batalla por el dinero, no saben siquiera gozar el placer de los antiguos bárbaros triunfantes.

Marta y Juan escuchaban al poeta, respetuosos para aquel lirismo que les agradaba.

— Sin embargo, objetó Dayel, París no ha desterrado aún del todo la antigua alegría. Aun existe la risa franca y abierta: basta una frase, una canción, para que en el alma del pueblo reverdezca el buen humor.

— La sed de oro ha matado la alegría. Cada cual está preocupado por el mañana, lo mismo el banquero millonario cuya fortuna está á merced de un pedazo de papel garabateado con cuatro cifras, que el infeliz desheredado á quien un paso puede hacer morir de hambre. El oro ha matado el amor; las mujeres, en medio del placer, piensan en el beneficio que les van á producir sus caricias y escogen las más remuneradas. Las bellas emociones del espíritu son ahogadas por la incesante obsesión del oro necesario, del oro, fuente de toda posesión y de todo placer.

— ¡Oh! pero Vd. somete al oro á todos los hombres y á todas las mujeres, repuso Marta. Esto no es verdad.

— Hay excepciones, senora. ¿Pero cuántas?

él, con su desgracia, había penetrado la falsedad de los hombres, la vanidad de los amores sinceros, tan rápidamente destruidos con la simple aparición de un comediante del sentimiento, con un relumbrón de pedrería falsa.

Bernard le consolaba, le predicaba el olvido:

— Amigo mío, hay que buscar en los nuevos esfuerzos el valor para continuar la obra de Belleza, hay que rehacer la vida. Vd., no puede, ni debe, permanecer aislado; necesita tomar parte en la existencia, y cuanto más mejor; si no, en este voluntario destierro, se volvería Vd. á ver camino de la demencia, acosado, mortificado por los ecos de la vida, de la cual, por más que uno haga, no puede emanciparse. La vida, y los que la componen, no admiten que se los repudie. Á los que no pueden vencerla, los castiga ella misma, privándoles de la razón.

Luego, en calurosas palabras, el editor recordó á Dayel el deber para su niña, á quien debía edificar una existencia, dulcificándole el porvenir con todo el bienestar de que podía rodearla.

En fin, acabó pidiendo al músico una serie de bailes, que se publicaría tan pronto como estuviesen terminados. Porque era necesario que Juan Dayel volviese á entrar en la vida de la Belleza con obras inéditas, desde principios de año, inaugurando así una existencia nueva.

Y por la noche, en la mesa, aquel buen amigo hizo hablar á la niña, y distrajo á Dayel con anécdotas parisienses que el solitario ignoraba. — « No leo ningún periódico, le había dicho el músico; tanto miedo me da encontrar en ellos mi nombre. »

VIII

Aquella visita cordial confortó á Juan Dayel, volviéndole á colocar en la atmósfera en que debía fatalmente vivir. Puesto de nuevo al trabajo, y ocupado en buscar frases armónicas en que fijar la inspiración nacida de las cosas que él amaba, el canto de las hojas, la garrulería de los pájaros y los niños, la música del agua murmurante entre las hierbas, los colores que se acordaban con las melodías de la vida, el amor de las cosas y de los seres, Juan Dayel se sentía renacer. De nuevo palpataba su corazón, y vibraba su alma del indecible goce de crear alegría, de hacer nacer de su dolor personal, el placer de los demás.

Y comenzó á revivir la realidad, á apasionarse otra vez en la lucha, tanto más cuanto que otros editores le vinieron á solicitar. Tuvo que empezar otra vez á dar romanzas, marchas, á anotar las vibraciones vivientes aún en su memoria. Y acaso

debió á eso la salud. Entonces supo Juan Dayel, quizás mejor que nunca, hacer pasar á sus composiciones su alma.

Se había hecho pública su vuelta á la actividad. Compañeros y amigos venían á animarlo. Fácilmente se olvida á los que, abandonando la lucha, desaparecen de la escena; pero al primer acontecimiento favorable, que vuelva á ponerlos en exhibición, reaparecen los amigos.

Colaboraciones proyectadas empezaron á ponerse en práctica; Dayel gozaba, antes de su desgracia y su locura, de demasiada notoriedad, para que, una vez restablecido, no vinieron á llamar á su puerta, editores, empresarios y en general todos aquellos que viven de los artistas, en busca de nuevos éxitos. Y aquel movimiento se acentuó tanto más cuanto que todos esperaban ahora grandes beneficios de Dayel, cuya escandalosa desgracia iba á servir de reclamo en beneficio de los intermediarios. Seguramente, todo lo que él hiciera ahora se vendería como pan bendito, gracias á la novelería parisiense, excitada por reclamo semejante.

Nunca, por lo demás, obtuvo Juan Dayel éxito más merecido. Á los dones naturales que le habían valido antes la popularidad, unía ahora aspiraciones de más noble origen. Ecos de su dolor, de su decepción, de sus torturas, se distinguían en las composiciones más notables que escribió después de su

destierro; y mezclaban á la bulliciosa alegría de los vales, lejanas voces de nostalgia, ayes ahogados por irónicas cascadas de loca risa. En aquella música asomaban melancolías, impresiones del otoño, con su piar de pájaros en la frondosidad amarillenta, y su silbar de mirlos burlones; rápidas alternativas de luz deslumbradora, de crepúsculo y de tinieblas; y luego una especie de llamamiento á la aurora, á una aurora que parecía no venir jamás.

Y llegó noviembre.

Llegó en los muros de las casas blancas y rojas, la tristeza de las rosas deshojándose al cierzo invernal, como las alegrías de la moribunda estación, que se iban, pétalo á pétalo, en nieve rosada, blanca, anaranjada y roja bajo los celajes que inflaman los últimos fulgores del estío, como si éste reflejara su oro, su azul, su esmeralda y su púrpura sangrienta ó violácea, en el próximo invierno.

Ahora Juan Dayel tenía que ir frecuentemente á París, pero esto ya no le sublevaba. Cada medio ambiente en que antes viviera despertaba en él la melancolía; y encontraba hasta un placer en aquella tristeza que él se creaba, y que, con armonía lenta, cantaba dentro de él la nostalgia de las caricias.

Había tratado de distraer sus sentidos, de enga-

ñarlos con vanos simulacros; pero con tales esfuerzos sólo conseguía avivar el dolor de sus heridas que reabría el recuerdo del cariño perdido. Si, los amores venales de aquellas rubias pasajeras cuyos ojos y dorada aureola parecían ayudar un instante á la ilusión buscada, le decepcionaban cruelmente. Y en la lasitud del subsiguiente agotamiento, sentía él como un remordimiento por las infidelidades cometidas á su ideal, intacto en su cerebro.

Con frecuencia, cuando le llevaban á París sus negocios ó el cuidado de sus obras, se había entretenido en recorrer las calles por las cuales solía en otro tiempo pasear con Marta.

La tristeza de noviembre, la bruma de la tarde envolviendo aquellos rincones de París, antiguo teatro de su amor hoy en jirones, parecían acordar su aspecto invernal con la pena que á él le enlataba el alma. Las paredes de los viejos caserones, en las angostas y pintorescas calles, por las que solía contar á Marta, en la primavera de su amor, las leyendas amorosas ó heroicas de París de antaño, parecían llorar lágrimas sobre los idilios hundidos en el dolor, sobre la desaparición de amantes rubios ó morenos, llevados al azar de sus diversos destinos, como las hojas que el viento arrastra y dispersa.

Nuestra Señora, la catedral, no brillaba ya con destellos de sol en las vidrieras; la lluvia goteaba

lentamente de las fantásticas gárgolas, de aquellas bocas de mascarones contraídas por horribles muecas. Y su gotear se estrellaba tintineando sobre el pavimento húmedo y negro de las calles, cantando una canción lenta y monótona, que acompañaba lúgubrementemente á sus pensamientos, que, en sucesivos cuadros, pasaban por su cerebro, borrándose uno á otro, como cada gota, al caer sobre la piedra, borraba la anterior.

Tomó la calle de Arcole, á lo largo del mercado de pájaros, entre las catalpas extrañamente retorcidas y nudosas; aquello estaba solitario en invierno; sólo pasaban raras siluetas femeninas, arrebujadas, aprisa. El asfalto, blanqueado por el roce de las pisadas, estaba salpicado de pardo por las hojas secas, las mismas que, en los espléndidos domingos, habían ombreado las jaulas amontonadas, llenas de gorjeos, los bengalíes que, posados en sus travesaños, semejaban movediza pedrería, las aves domesticadas, en sus alcándoras de madera blanca, los grupos de curiosos, de vendedores, de compradores, que se movían en aquel ambiente de alegrías, animado por la encantadora risa de las muchachas que se extasiaban ante los pájaros más delicados, por el murmullo de las conversaciones, y la música de los cantos. Los ramajes que asomaban por las tapias del Hôtel-Dieu, allí mismo donde Dayel había hablado á

Marta por primera vez, se erguían como amenazadores, ahora, por encima de la balaustrada.

Por varios sueltos y crónicas escandalosas, había sabido la ruptura de Marta con Roberto Antoc, los esfuerzos, hechos por los amigos del poeta, para reconciliarle con su mujer abandonada y arrepentido por cansancio, volverle á su hogar.

También sabía por un periódico que por casualidad leyera una mañana, la suerte de Marta. Un repórter diligente la había, sin duda, encontrado y reconocido, y contaba el desenlace de la aventura. Juan Dayel pensaba en la miseria probable de su Marta tan querida, la amable rubia en quien él había puesto la mitad de sí mismo, y de la cual estaba para siempre desapareado.

Muchas veces anduvo rondando, cerrada la noche, por las calles próximas á la vivienda de Marta. Muchísimas, después de andar todo el día por la ciudad, sus pasos le habían conducido inconscientemente hacia aquella transitada calle, entre el rebullir de obreras que se estacionaban en los escaparates de las mercerías y de los libreros, comprando el periódico de la noche, para irse desgarrando luego, una á una, como los gorriones que se llevan repartida una migaja de pan encontrada en el camino.

Había llegado hasta acercarse lo suficiente para leer en los cristales el nombre de soltera que Marta había vuelto á usar; delicadeza que él le agradecía. La gente, al verle pasar y repasar, con miedosas precauciones, debía de tomarle por un enamorado tímido, que teme ser visto, y molestar con una indiscreción al objeto de su amor.

Quizás alguna vecina entrometida había notado aquella furtiva vigilancia, aquellas miradas, ávidas de descubrir, entre los sombreros expuestos, la esbelta silueta negra, de la que emergía un rostro fino y bello, nimbado de rubios rizos, que daban sombra á los ojos de esmeralda clara ó de peridoto, salpicados de luz.

Quizás habrían hablado á Marta de aquel amante rondador, quizás con tantas idas y venidas y vueltas á las mismas horas, estaría sirviendo de burla á los vecinos. Podía suceder que ella le viese pasar un día, que se apercibiese de aquella maniobra, que su corazón latiese también al pensamiento de su amante de otro tiempo, de su marido, que seguía adorando su rubia belleza. Quizás Marta se dijera que él, tan semejante en hombre á su feminidad, no podía vivir desterrado de su boca.

« ¡ Ah ! — pensaba Juan Dayel. — ¡ Si su carne pudiese oír el grito de mi carne, la impulsión de todo mi ser hacia ella ; hacia sus ojos, ideal pedrería ; hacia su boca, flor entreabierto á los besos ;

corola en que he bebido el rocío de la voluptuosidad ! ¡ Hacia sus pechos, amorosas palomas, hacia su misterio aureolado de rubio color ! ¡ Manantial de éxtasis, misterioso cáliz en que se resumen las delicias de su cuerpo de lirio ! » — Y en estos minutos de breve exaltación, olvidaba la prostitución del jardín de placer, objeto de su nostalgia.

En aquellos días, se acercó á menudo á la casa triste, en que agonizaba su pasado amor, y más de una vez estuvo á punto de llamar á la puerta de aquella morada, donde vivía la que él no podía repudiar de su recuerdo, siempre vivo y vibrante en su mente y en su carne.

Pero, de pronto, surgía en su cerebro Roberto Antoc, agrandado por la alucinación, bajo figura de gladiador. Y súbitamente poblaban su pensamiento lúbricas imágenes: su mujer, su Marta, la grácil adorada rubia, en aquellos brazos de bronce. Y se torturaba ante el imaginario espectáculo de besos que manchaban el misterio del cuerpo querido, del cual los labios del artista estaban desterrados para siempre.

Y huía entonces, enloquecido, como si escapara de obscenos faunos que le persiguieran. Y venían los dolorosos regresos á la Casa de las Rosas, cuya alma, á pesar de la presencia de la segunda Marta, parecida á la otra como una estatuilla á su modelo, no vivía ya para el pobre solitario. « ¡ Vaya por

Dios ! » había que volver en la noche, en la negrura, entre los árboles que parecían fantasmas, volver á la casa de blancas paredes cuyas rosas habían todas muerto.

Juan Dayel había vuelto á encontrar su antiguo éxito ; quizás, con el ruido de sus desgracias, se había éste aumentado. Sus obras adquirían nueva boga ; y Martita, su hija, tenía en ello parte ; porque su alegría de pájaro había contribuído á inspirarle, á través de la melancolía, graciosas y frescas melodías, de ingenua composición.

Dos partituras, una antigua, de Opereta, la otra de un baile pantomima terminada después de su curación y de su vuelta á Lisé, hacían de Juan un hombre del día, una apreciada celebridad de segundo orden. Era de aquéllos á cuya producción, eminentemente personal, hecha sincera y espontáneamente más que á fuerza de ciencia y esfuerzos, no se puede hacer sombra ; sin ponerse á discutir acalbradamente el valor de sus obras, la gente se dejaba conquistar por el encanto que en ellas había.

Á pesar de su aversión de los primeros meses, por la sociedad, que le había hecho sufrir, por los compañeros sobre todo, y por cuantos figuraban en el bullicioso ambiente en que antes viviera y en que había gozado con Marta la radiante alegría de su claro amor, se vió forzado á mezclarse en el torbellino parisiense, á presentarse de nuevo en los sitios que le exigían su profesión y su arte.

Así, poco á poco, la vida había conquistado al músico, dulcificándole el dolor con su armonía. Dayel dejaba trascurrir los días en la dolorosa dulzura de las penas remembradas, que el tiempo pautina de bruma, y va borrando en el horizonte intelectual, sólo atravesado aquí y allá por el resplandor de algún recuerdo más preciso. Á veces, en el silencio del alma triste estalla un rumor, un grito que recuerda un dolor olvidado, y escenas reconstruídas á los ojos del espíritu, palabras que suenan de nuevo, vuelven á torturar el alma, como un contacto casual renueva el dolor donde hay cerrada una antigua herida.

Á veces procuraba Dayel aturdirse, buscando el olvido en la voluptuosidad pasajera, en el ardor de una vida intensa, recargada por crisis de trabajo ó de placer ; pero luego, descorazonado, volvía á la tranquilidad de su Casa de las Rosas, á las risas de su hija Marta ; y, encerrado por algún tiempo en sus fantasías, trabajaba, dejaba anegar sus dolores

y sus claros recuerdos felices, en el inmenso placer de desarrollar sus pensamientos, de abandonarse y perderse en entremezclados ritmos, sonoros, alegres ó melancólicos, en que palpitaba su corazón entero, su muerta dicha, sus recuerdos de locura, sus pesares, su presente, hecho de punzante angustia y, en los momentos de entusiasmo musical, de calma serena.

X

Desde el fondo de una galería, en el rumor de las conversaciones de butaca á butaca, Juan Dayel escuchaba, tratando de coger alguna frase que se refiriese á sus pensamientos, las apreciaciones de los espectadores sobre Roberto Antoc, los presagios de éxito, y la seguridad que daban algunos de un ruidoso fracaso.

Circulaban anécdotas, claro está, en que andaba envuelto su nombre, historias cómicas ó galantes, relatos sobre las anteriores calaveradas del poeta. Admiradores de Antoc proclamaban el encanto que producía en los oídos la música de sus rimas, la vistosidad de sus epítetos sonoros. Otros se chanceaban hablando de su edad impropia ya para los vicios; unos pocos le censuraban abiertamente por su fuga amorosa, y empezaban á derribar el ídolo cuyo vacío sentían á través del oropel de su brillante palabrería.